

pero si la Marica es negra, tiene tan buena leche como la Saltarina que es blanca; ya veo que la piel no importa nada.

Estas reflexiones fueron interrumpidas por la vuelta de Juanillo que se soplabla los dedos con tanto ahinco como antes sopló el potaje.

— ¡Canario que frío! exclamó al entrar, ¡vaya una noche! algo mejor es estar aquí que en la calle.

— Ya debieras tú saber que el frío con el viento de hoy debe ser grande. ¿Pero quién llamaba?

— Un pobre ciego y un muchacho que le sirve de lazarillo.

V

LA HOSPITALIDAD

— ¿Y qué quiere ese ciego? preguntó el tío Chatelán á Juanillo.

— Él y su hijo se han extraviado queriendo ir á Louvres por el atajo, y como hace tanto frío y la noche está tan oscura, pide que se les deje pasar la noche en un rincón de la cuadra.

— La señora es tan bondadosa, que nunca niega la hospitalidad á un desgraciado, y no tendrá inconveniente en recoger á esos dos infelices; pero es menester decirselo. Anda, Claudia. ¿Y en donde aguarda ese hombre?

— En las trojes.

— ¿Y por qué lo has hecho entrar ahí?

— Porque si lo hubiese dejado en el patio, á la hora de ésta los perros se los hubieran comido sin remedio á él y al muchacho. Por más que yo gritaba, Medoro, Sultán, Turco, sí, sí, ¡que si quieres! en mi vida he visto fieras semejantes: ¡toma! y eso que aquí no se les enseña á morder á los pobres como en muchas otras casas.

— Vaya, muchachos, ya veo que esta noche ha sido oportuno reservar el pan del pobre. Haced un poco de lugar y pongamos dos cubiertos, uno para el ciego y otro para el chico, porque seguramente la señora les dejará pasar la noche en casa. Es muy extraño, dijo Juanillo que los perros se hayan puesto tan furiosos; sobre todo el Turco parecía tener el diablo en el cuerpo.

Cuando le hice caricias para apaciguarlo tenía el pelo como un puercito espinoso. ¿Qué decís á esto, tío Chatelán, vos que lo sabéis todo?

— Yo que lo sé todo, digo como tú crees que los animales saben mucho más que yo. Cuando el huracán de este otoño que convirtió el torrente en un río, volvía por la noche con los dos caballos de labranza, y montado en el viejo rucio rodado, y á fe de hombre de bien os digo que no sabía por dónde pasar,

porque la noche estaba oscura como boca de lobo. Solté las riendas, y por sí solo encontró el rodado lo que no hubiéramos encontrado ni vosotros ni yo.

— Quien se lo enseñó?

— Eso digo yo.



El Maestro y el Cojuelo entraron corriendo como si alguno los persiguiera.

— El que enseña á las golondrinas á hacer el nido en el techo, y á las nevatillas á que lo hagan en los cañaverales. ¡Y bien, Claudia! dijo el anciano, viendo á la moza que volvía trayendo bajo el brazo dos pares de sábanas que oían á

la colada, ¿la señora habrá mandado que el ciego y el niño cenén y duerman acá?

— Sí, y traigo estas sábanas para arreglarles la cama en el cuarto del corredor.

— Anda á buscarlos, Juan : y tú muchacha, acerca dos sillas á la lumbre y se calentarán un poco antes de cenar. Volvieron á oírse otra vez los ladridos de los perros y la voz de Juanillo que procuraba apaciguarlos. De repente se abrió la puerta de la cocina, y el Maestro y el Cojuelo entraron corriendo como si alguno los persiguiera. — Detened á los perros, gritó el primero horrorizado, por poco me muerden.

— Y á mí, dijo el muchacho, pálido del susto, se me han llevado un trozo de la blusa.

— Perdonad, buen hombre, dijo Juan cerrando la puerta; en mi vida había visto á los perros tan furiosos : sin duda el frío los provoca y quieren morder para calentarse, y por cierto que sería muy mal hecho.

— ¡Vaya con el otro! dijo el anciano agarrando al viejo Lisandro en el momento en que gruñendo con aire amenazador iba á lanzarse sobre los recién venidos : ha oído ladrar á los otros, y quiere hacer lo mismo; anda fuera. Á estas palabras acompañadas de un puntapié del anciano, el perro se volvió gruñendo á su rincón favorito al amor de la lumbre. Los dos huéspedes se mantenían en la puerta sin atreverse á pasar adelante. El bandido envuelto en una capa azul con cuello de pieles, y con el sombrero, calado encima de la gorra negra que le tapaba la mitad de la frente, tenía por la mano al Cojuelo que se apretaba contra él, mirando con desconfianza á los labradores, porque la honradez pintada en sus fisonomías le desconcertaba y casi se estremecía. Las facciones del Maestro de Escuela eran tales, que en algunos causaron asco y en otros terror; cosa observada por el Cojuelo y que contribuyó para tranquilizarle y envanecerle de que su compañero inspirase miedo.

El buen Chatelán, dijo.

— Buenas noches, amigo : acercaos á la lumbre y os calentaréis un poco antes de cenar. Tomaréis un bocado con nosotros, porque llegáis en el momento de empezar. Sentaos, sentaos allí. ¡ Pero en qué estoy pensando! — añadió el buen labrador, — no me acordaba de que erais ciego por desgracia, y de que debía hablar á vuestro hijo. Vamos, hijo mio, acércalo á la chimenea.

— Ya voy, mi querido señorito — respondió el Cojuelo con tono hipócrita y compungido; — ¡ Dios nuestro señor os premiela caridad!... Vamos, padrecito, vamos... cuidado con tropezar. — Y el Cojuelo guió al bandido hasta la chimenea.

Gruñó de nuevo el caduco Lisandro al verlos acercarse; pero habiendo olfateado hacia el Maestro de Escuela, empezó á ahullar con la lúgubre y

dolorida voz de los perros cuando *huelen la muerte*, según dice el vulgo.

— ¡ Rayo! — dijo entre sí el Maestro de Escuela. — Si olfatearán también la sangre estos demonios de animales; porque ahora me acuerdo que tengo puesto el mismo pantalón que llevaba cuando el asesinato del ganadero...

— ¡ Vaya una ocurrencia! — dijo Juanillo en voz baja. — ¡ Miren como olfatea la muerte el amigo Lisandro al ver al ciego!

Sobrevino entonces una cosa extraña. Los ahullidos de Lisandro eran tan agudos y doloridos, que cuando los oyeron los demás perros, pues la cocina estaba sobre el zaguán y tenía hacia él una ventana, empezaron á repetir á un mismo tiempo, los quejidos fúnebres, que según la creencia vulgar pronostican la cercanía de la muerte. Aunque eran poco supersticiosos los dependientes de la quinta de Bouqueval, se miraron unos á otros con espanto; y hasta el mismo Maestro de Escuela, á pesar de su corazón endurecido, se estremeció al escuchar aquéllos. El Cojuelo, niño escéptico, descarado y corrompido, por decirlo así, desde el pecho de su madre, fué el único que se mostró indiferente. El aborto de Brazo Rojo sólo pensaba en que ya no lo morderían los perros, y se burlaba de lo que llenaba de miedo á los habitantes de la quinta y hacía estremecer al mismo Maestro de Escuela. Después del primer momento de estupor, salió Juanillo de la cocina, y se oyó el chasquido de un látigo que disipó los lúgubres *presentimientos* del Turco, del Sultán y del Moreno. El semblante contristado de los labriegos fué serenándose poco á poco, y al cabo de algunos momentos les inspiraba ya más compasión que horror la horrible fealdad del Maestro de Escuela, se condolieron de la imperfección del niño cojo, cuya cara *traviesa* hallaban muy interesante, y alabaron la atención con que cuidaba de su padre. Renovóse con energía el apetito de los labradores y no se oyó durante un rato más que el ruido de los platos y tenedores; y al paso que los mozos y mozas demostraban su buen apetito, observaban con tierna compasión los cuidados que el niño prodigaba á su padre, junto al cual se había sentado, cortándole la carne y el pan y echándole de beber con afán cariñoso y filial. Esto era lo mejor del cuadro; veámoslo ahora por el lado peor. El Cojuelo, así por una propensión á imitar, natural en su edad, como por innata crueldad, se complacía como la Lechuza en atormentar al Maestro de Escuela; y así es que este ser raquítico y despreciable sentía el mayor placer en divertirse con aquel *tigre enjaulado*. Para atormentar al Maestro de Escuela sin que éste pudiese quejarse, ni aún pestañear, compensaba cada obsequio aparente que hacía á su supuesto padre, con una cox que dirigía por debajo de la mesa á una llaga antigua que, como muchos presidiarios, tenía en la pierna derecha el Maestro de Escuela, en el sitio que rozó la argolla de la cadena. La paciencia estoica del bandido para sufrir los golpes del Cojuelo fué tanto más maravillosa, porque el pequeño

monstruo, para hacer más difícil la situación del Maestro de Escuela, elegía para atormentarlo los momentos en que hablaba ó bebía.

— Toma, papá, una nuez — dijo el Cojuelo poniendo en el plato del Maestro de Escuela una nuez bien mondada.

Bueno, hijo mío, bueno; así me gusta — dijo el tío Chatelán; y dirigiéndose luego al bandido continuó: — Sois muy digno de lástima, amigo mío; pero tenéis un hijo excelente, y eso debe consolaros.

— Sí, es grande mi desgracia, y á no ser por el cuidado de mi hijo... me...

Y al llegar aquí el Maestro de Escuela no pudo contener un agudo grito, porque el hijo de Brazo Rojo había acertado con lo más vivo de la llaga, y el dolor fué intolerable.

— ¡Jesús! ¿qué tenéis, papá queridito? — exclamó el Cojuelo con voz lastimera, levantándose y echándose al cuello del Maestro de Escuela. Éste, en el primer acceso de dolor y de rabia, hubiera ahogado al abominable engendro entre sus brazos de Hércules, y lo apretó contra el pecho con tal violencia, que el chico perdió la respiración y dió un sordo gemido. Mas reflexionando luego que no podría pasar sin el Cojuelo, reprimió su ira el bandido y lo echó de sí haciéndole tomar otra vez su asiento. Los aldeanos sólo vieron en todo esto un cambio mutuo de ternura paternal y filial, y la palidez del Cojuelo les pareció causada por la emoción que había sentido como *hijo afectuoso* que era.

— ¿Que tenéis, buen hombre? — preguntó el tío Chatelán. — El grito que acabáis de dar ha hecho perder el color á vuestro hijo... ¡Pobre criatura... casi no puede respirar!

— No es nada — repuso el Maestro de Escuela afectando serenidad. — Soy herrero de profesión, y hace algún tiempo que batiendo á martillo una barra de hierro caliente, me cayó sobre las piernas y me hizo una profunda llaga que no se ha cicatrizado. Hace un rato que tropecé con el pie de la mesa y no he podido contener un grito de dolor.

— ¡Pobre papá! — dijo el Cojuelo vuelto en sí de su *emoción* y dirigiendo una mirada diabólica al Maestro de Escuela — ¡pobre papá! Es verdad, señoritos, es verdad, que nunca se le pudo curar la pierna. ¡Ah! de buena gana tuviera yo la llaga, con tal que no la tuviese él...

Las mujeres miraron al Cojuelo con ternura.

— Amigo mío — dijo el tío Chatelán — siento que no hayáis venido á la quinta hace tres semanas, en lugar de haber venido esta noche.

— ¿Por qué?

— Porque hace algunos días que hemos tenido aquí un doctor de París, que sabe curar maravillosamente el mal de piernas. Hay en la aldea una viejecita que no podía andar hacia tres años; el doctor le aplicó un unguento á las llagas, y ahora corre como un gamo y tiene hecho propósito de ir á pie á dar las

gracias á su redentor, que vive en la *calle de las Viudas*. Ya veis que desde aquí hay una buen tirada de camino... ¿Pero qué tenéis? ¿os vuelve á doler esa maldita llaga?

— Sí — respondió el bandido procurando dominar su turbación — todavía.

— ¡Cuánto siento que no esté aquí el médico! — dijo el tío Chatelán. — Pero puedo aseguraros que os curará, porque es tan caritativo como sabio. Cuando volváis á París haced que vuestro hijo os lleve á su casa, que es en la calle de las Viudas, nº 17, y estoy seguro que os atenderá. Aunque olvidéis el número nada importa, porque hay pocos médicos en aquel sitio, y sobre todo médicos de su color... porque habéis de saber que el señor David de quien os hablo es negro.

El rostro del Maestro de Escuela estaba tan cubierto de cicatrices, que no pudo notarse su palidez. Sin embargo, estaba pálido; la sangre se le había helado en las venas al oír hablar primero de la casa de Rodolfo, y después de David... del doctor negro que por orden de Rodolfo le había aplicado el horrible suplicio, cuyas consecuencias sufría.

El tío Chatelán, sin observar la palidez del bandido, continuó:

— Pero cuando os marchéis, amigo mío, daremos á vuestro hijo las señas de la casa. Es tan bueno, el señor David, que nos agradecerá el que le proporcionemos la ocasión de favorecer á un desgraciado... Está siempre tan triste que me da compasión... Pero vamos, echemos un trago á su salud...

— Gracias, no tengo sed — repuso el Maestro de Escuela con aire sombrío.

— Mirad que no os ofrezco sidra, sino vino puro — dijo el labrador. — ¡Cuántos quisieran beberlo tan bueno! Esta quinta no es como las demás... ¿Qué os parece nuestra mesa?

— Muy buena — respondió maquinalmente el Maestro de Escuela, cada vez más sumergido en sus meditaciones.

— Pues la misma vida hacemos todos los días: buen trabajo y buena tajada, buena conciencia y buena cama; ahí tenéis nuestra vida en cuatro palabras: somos siete labradores y, sin ánimo de alabarnos, hacemos el trabajo de catorce; pero también nos pagan como si fuésemos catorce. Á los labradores, ciento y cincuenta escudos al año; á las lecheras y á las mozas de servicio... sesenta escudos, y además partimos entre todos el diezmo de lo que produce la quinta. Ya supondréis que no dejamos descansar un palmo de tierra, porque cuanto más produce la vieja morena, tantó más repartimos.

— Con este método no se enriquecerá mucho vuestro amo.

— ¿Enriquecerse? Nuestro amo no es como los otros. Tiene un modo de enriquecerse que no lo tiene nadie más.

— ¿Pues cuál es? preguntó el Maestro de Escuela que deseaba variar de